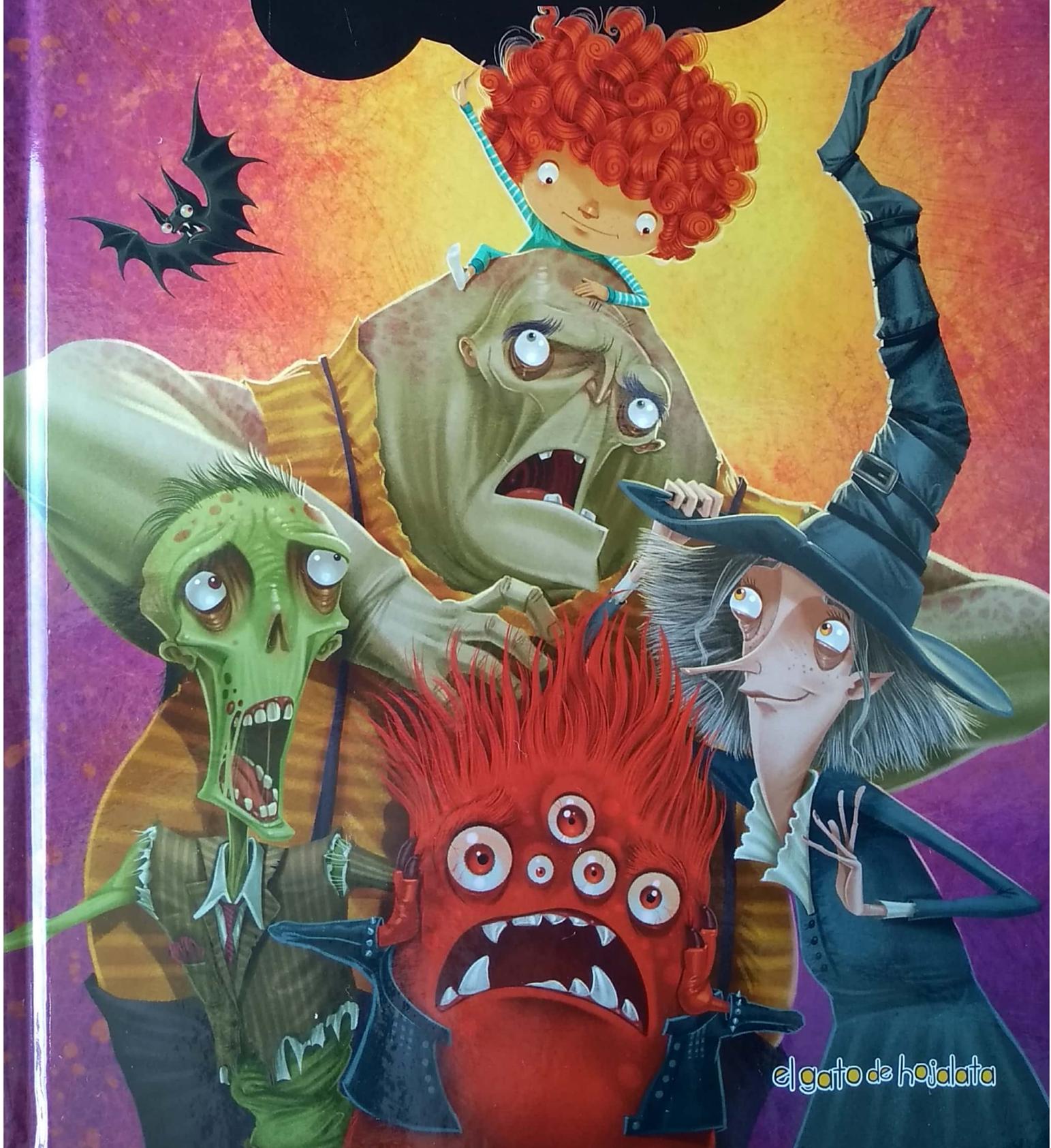


Liliana Cinetto

Terrorcitos

Ilustraciones de Martín Morón



el gato de haidata

Dirección editorial:
María José Pingray

Edición y diseño:
Silvina Díaz

Corrección:
Laura Junowicz

Producción industrial:
Aníbal Álvarez Etinger

Asistente de producción:
Anabel Perassi

Cinetto, Liliana
Terrorcitos / Liliana Cinetto ; coordinación general de Silvina Díaz ; ilustrado por
Martín Morón. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Gato de Hojalata,
2018.
64 p. : il. ; 28 x 20 cm.

ISBN 978-987-751-767-5

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Díaz, Silvina, coord. II. Morón, Martín , ilus. III. Título.
CDD 863.9282

© del texto: Liliana Cinetto

© de las ilustraciones: Martín Morón

© EL GATO DE HOJALATA, 2018

Primera edición publicada por Editorial Guadal S. A., Humboldt 1550, Of. 01,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. Derechos reservados. Prohibida
su reproducción total o parcial por cualquier medio y en cualquier formato, sin
autorización escrita del editor. Hecho el depósito que marca la Ley 11723.
Libro de edición argentina. Impreso en Triñanes Gráfica S.A. Buenos Aires,
Argentina, en abril de 2018. www.editorialguadal.com.ar

Liliana Cinetto



Ilustraciones de
Martín Morón

La poción de la bruja

La poción burbujeaba en el caldero, sobre el fuego. Odocracia, la más malhumorada, la más fea, la más olorosa de todas las brujas la había preparado con una viejísima receta que había encontrado en un libro de hechizos y encantamientos de la prima de la tía de la cuñada de su tatarabuela.

- ✓ 5 gotas de veneno de serpiente
- ✓ 7 plumas de buitre
- ✓ 1 cucharada de babas de sapo bizco
- ✓ 1 puñado de escamas de dragón antipático
- ✓ 100 gramos de polvo de ortiga
- ✓ telas de araña, cantidad a gusto

8

Ya no le faltaba ningún ingrediente. Mientras la revolvió con un cucharón oxidado, Odocracia sonreía. Con sus cuatro dientes sonreía (los demás se le habían caído por no cepillárselos). Nadie sospechaba lo que planeaba. Nadie conocía sus maléficas intenciones. Nadie imaginaba lo que ocurriría cuando la poción repelente estuviera a punto de caramelo y ella la esparciera por los alrededores de la cueva de dos ambientes, donde vivía sola desde hacía ciento setenta y siete años, seis meses y media hora (se había mudado muy joven).

9

Justo a medianoche, Odocracia apagó el fuego. Se puso su sombrero puntiagudo tan negro como su horrendo vestido, con unas medias a rayas rojas y blancas que apestaban a cebolla vieja (jamás las lavaba). Entonces salió de la cueva llevando la poción lista en una regadera de plástico que usaba cuando iba de vacaciones a la playa. La bruja montó en su escoba y levantó vuelo enseguida. El viento le despeinaba la cabellera mugrienta, mientras Odocracia giraba en círculos, cada vez más grandes, y empapaba la tierra con el terrible mejunje que había preparado.



Las lechuzas dejaron de chistar, los conejos se escondieron en su madriguera y las culebras se atragantaron al ver aquella aterradora figura iluminada por la luna llena. Cuando ya no quedaba ni una gota en la regadera, Odocracia regresó a su cueva. El aterrizaje fue algo accidentado, aunque no le importó. Se sentía libre. Al fin podría dormir tranquila. Al fin dejarían de molestarla en cualquier momento. Al fin sería feliz.

Sin embargo, al día siguiente, la fila de clientes que comenzaba en la entrada de su cueva era la más larga que la bruja había visto en toda su vida y se extendía por kilómetros. Es que aunque era la más malhumorada, la más fea, la más olorosa de todas las brujas, Odocracia también era la mejor. Venían a consultarla, a hacerle encargos, a pedirle hechizos desde los confines del mundo (que queda más lejos que no sé qué).

Así que, fastidiada, Odocracia tuvo que madrugar más que nunca para atender a princesas que buscaban a un novio, a sapos que querían convertirse en príncipes, a hermanitos que andaban perdidos por el bosque, a reyes que querían despertar a sus hijas dormidas desde hacía cien años, a chicos que no sabían resolver las cuentas de sumar y restar...

Y para colmo tuvo que atenderlos con un broche en la nariz. Porque la poción repelente para que no se le acercaran, para que no vinieran más a contratar sus servicios, para que LE TUVIERAN MIEDO... no había sido efectiva, pero el olor... sí había funcionado. Y era... ¡PUAJ! insoportable.



El fantasma arugado



14

Aparecía a medianoche, cuando resonaban tristonas TAN TAN TAN las doce campanadas de la iglesia. Vivía en un castillo en ruinas, lleno de telas de araña, polvo y silencio. Atravesaba los muros, las gruesas puertas de madera, los carteles de la esquina con la oferta de 2 x 1 en hamburguesas con queso... Y salía a la calle. Tenía que esquivar a los gatos porque presentían que andaba por ahí y miraban hacia el sitio por donde pasaba con ojos finitos, el pelo del lomo erizado y las uñas listas para arañarlo.



15

No era uno de esos fantasmas vaporosos que flotan por el aire ni de los ruidosos que arrastran cadenas. No. Este era de los que usan una sábana blanca, gastada, tan deshilachada que parece un trapo sucio y viejo. Deambulaba de acá para allá y de allá para acá buscando a alguien para cumplir con su trabajo: asustar, por supuesto.



16

Podía ser a un chico o a un grande (sí, hay grandes que también se asustan). Le daba igual. Con tal de espantar al menos a una persona por noche se conformaba. Más, no, porque se cansaba, aunque era un fantasma joven todavía. Solo había cumplido dos mil ochocientos treinta y cuatro años. Pero las cosas ya no eran como antes e incluso había niños que ni siquiera le tenían miedo y cuando se les aparecía, le sacaban la lengua o LERULERUCACHULERU, se burlaban de él. Aterrarlos era agotador.



17

El fantasma muchas veces tenía que esforzarse y aumentar su horroroso aspecto con ademanes espeluznantes y otros aspavientos. O aullar como un lobo con dolor de muelas. O arrojar bombitas de mal olor. Y así y todo en varias oportunidades se le habían reído en la cara. O mejor dicho, en la sábana. O se habían sacado selfis señalándolo. En esas ocasiones el fantasma había regresado a su castillo arrugado, que es lo que les sucede a los fantasmas cuando se sienten tristes. O humillados.

Aquella noche en que ocurrió lo que ocurrió, el fantasma justamente salió a asustar de mala gana. Refunfuñando. Si al menos hubiera sido una noche de tormenta, con rayos, truenos, lluvia torrencial... Pero no. Soplaba, sí, un viento tibio y fuerte que agitaba su sábana mugrienta. En el cielo titilaban miles de estrellas y señoreaba una luna perfecta, redonda, luminosa. Como era verano, a pesar de la hora, se topó con muchas personas en su camino.

Demasiadas. Unas tomaban helado. Otras paseaban. Todas sonreían. Las evitó. Las personas felices o las que se divierten son la peor pesadilla para un fantasma. Pero el tiempo transcurría y tenía que elegir al menos a una para cumplir con su obligación. Y entonces vio a un nene que lloraba. El fantasma se acercó despacio. Se le plantaría delante de sopetón y le gritaría ¡UAAAAA! El nene se asustaría y listo. Pero cuando estaba a centímetros de él, alguien aferró la punta de su sábana deshilachada, la estrujó, la estiró, la zamarreó, la ató por las puntas con hilo a dos ramas cruzadas...



Esta vez el fantasma no solo se arrugó, de puro triste, además tuvo que aguantar las risas del nene al que le encantó lo que su papá le había hecho, mientras una ráfaga lo empujaba hacia el cielo y el fantasma volaba, convertido en barrilete.



El monstruo Policromio



Policromio era hijo de monstruos, nieto de monstruos, sobrino de monstruos, ahijado de... En fin: en la familia de Policromio había cientos de monstruos aterradores, horripilantes, escalofrantes, que llevaban siglos asustando hasta a las cucarachas. Por eso cuando nació Policromio, con esos pelos durísimos como alambres de púa, con esos cinco ojos inyectados en sangre, con esos colmillos capaces de destrozarse de un solo mordisco a un cocodrilo, un tiranosaurio rex, un turrón de almendras de Navidad... todos sus parientes se sintieron felices. Tan feo era, tan intimidante, con ese aspecto feroz.

—Policromio se convertirá en el orgullo de esta familia —se decían unos a otros—. Será famoso. Su nombre se conocerá en el mundo entero.

No se preocuparon cuando Policromio reprobó todas las materias en la mejor escuela de monstruos. Y eso que ni siquiera pasó el examen de Susto Básico I ni el de Introducción a las Causas del Horror, materias indispensables para cualquier monstruo decente. No aprendió nada. Ni la más elemental de las técnicas para amedrentar, para espantar, para horrorizar...

—Quizás sea un autodidacta —lo defendió la familia.



Se tranquilizaron a medida que crecía y se volvía un monstruo adolescente, porque comenzaron a escuchar, detrás de la puerta de la pocilga inmunda que era su habitación, gritos y chillidos ensordecedores, alaridos estridentes y bastante desafinados, aullidos dignos de un lobo o de una bestia.

-Si su método es ese, hay que respetarlo -acordaron todos.

Y lo apoyaron. Por eso aceptaron encantadísimos la invitación que Policromio les hizo para ir un viernes a las doce de la noche a un subsuelo tenebroso.

-Voy a estrenar mi trabajo -les explicó.
Allá fueron todos los monstruos vestidos con sus mejores harapos, bien sucios, sin lavarse ni los dientes ni las orejas ni... En fin, sin bañarse, aunque perfumados con la fragancia de moda: aromas de pantano podrido. Llegaron tan temprano y estaba tan oscuro que no alcanzaron a identificar las siluetas que merodeaban por allí.
-Serán amigos del nene -comentaron.



Pero no eran amigos. Lo comprendieron en el mismísimo momento en que se encendieron las luces y se iluminó un pequeño escenario. Fue entonces cuando la familia de Policromio se quedó con la boca abierta: allí estaba él, frente a un micrófono, con un traje de cuero negro con tachuelas puntiagudas. Lo acompañaban un guitarrista, un bajista y un baterista que empezaron a tocar sus instrumentos de un modo desenfrenado y atronador. Apenas se oyó el primer acorde (o el primer ruido, la familia no estaba segura de que eso fuera música), Policromio comenzó a contorsionarse y a golpear parlantes, sillas y mesas mientras gritaba, aullaba, chillaba y lanzaba alaridos que ponían los pelos de punta y hacían retumbar las paredes.

–Es heavy metal –explicó a sus parientes al terminar el recital, mientras firmaba autógrafos entre sus admiradores, que coreaban su nombre y querían sacarse selfis con él.

La familia se fue desconcertada, pero sin protestar.

–Será una moda nueva de asustar.

Y se conformaron, sobre todo porque Policromio pronto se volvió famoso, aunque no como monstruo, sino como cantante de rock.



Los alaridos

Los alaridos venían desde el mismísimo sótano del castillo abandonado. Exactamente del ala izquierda, donde se hallaban las catacumbas. Eran tan estridentes y desgarradores que estremecían a cualquiera que los escuchara. Comenzaban aproximadamente entre las seis y las siete y media de la mañana, cuando el sol, con sus primeros rayos, clareaba el horizonte.

—¿Qué es eso?— se preguntaban los pobladores de las aldeas cercanas, que se despertaban sobresaltados y temblando de miedo. E inventaban mil respuestas para explicar aquellos sonidos aterradores. Que era un monstruo quejándose por un dolor de muelas, que era la canción que se entona en un aquelarre de brujas malvadas, que era el bramido de un dragón furioso a punto de atacar, que Pie Grande tenía una uña encarnada...



Y no se equivocaban. Sus temores no eran infundados. Porque en el mismísimo sótano del castillo abandonado, exactamente en el ala izquierda, donde se hallaban las catacumbas, vivía una familia de vampiros. Cinco, para ser más precisos. El padre, la madre y tres hijos. Y eran ellos los que causaban esos estridentes y desgarradores alaridos que estremecían a cualquiera que los escuchara. Pero no vociferaban de ese modo tan tétrico porque tuvieran la intención de morder cuellos, de beber hasta la última gotita de sangre o de convertir a alguien en vampiro. Sino porque todos los días, entre las seis y las siete y media de la mañana aproximadamente, los padres tenían con sus hijos la misma discusión y repetían a los gritos:

-¡Apaguen de una vez la televisión y la computadora que ya es hora de ir a sus ataúdes a dormir!



La noche de los zombis

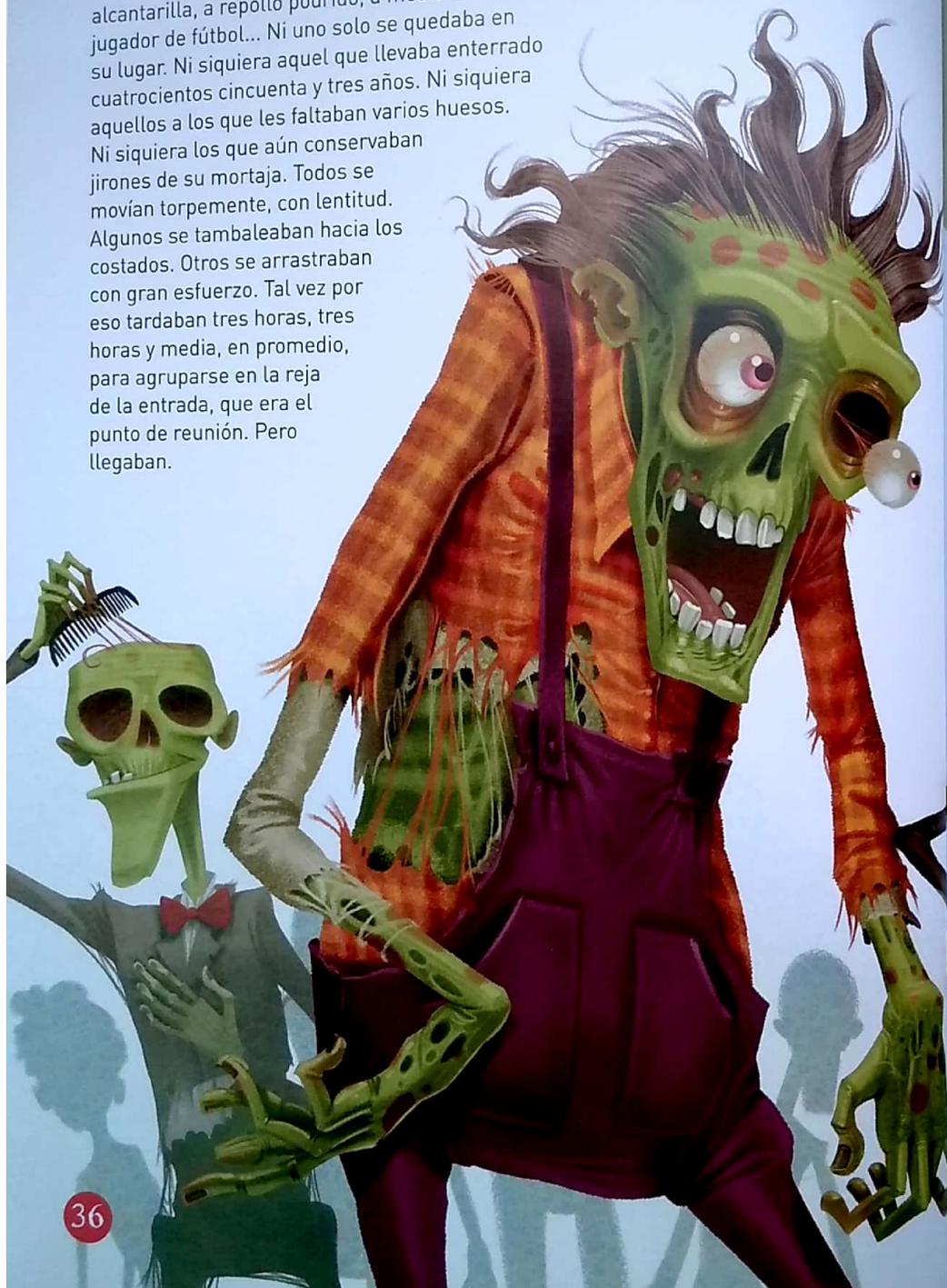
Nadie sabía quién era el primero. ¿Sería el muerto de la tercera tumba a la derecha o el del fondo a la izquierda, ese que estaba en la parte de los mausoleos más bonitos y caros, con estatuas y adornos labrados? Poco importaba. Lo cierto es que, de pronto, cada noche se descubrían una por una las pesadísimas lápidas de mármol, se destapaban los féretros, se abrían los mausoleos y entonces se asomaban manos huesudas, cráneos sin ojos, esqueletos descarnados... Eran zombis, verdaderos muertos vivientes.

Salían de los sepulcros a la medianoche, cuando el antiguo cementerio junto a las ruinas del convento quedaba completamente en silencio y envuelto en penumbras. Preferían las noches sin luna. O aquellas en las que la espesa niebla no permitía ver nada. Pero si el clima no ayudaba o el servicio meteorológico se equivocaba (como siempre), lo hacían igual.

34

35

Horrorosos, escalofriantes y con olor a alcantarilla, a repollo podrido, a media sucia de jugador de fútbol... Ni uno solo se quedaba en su lugar. Ni siquiera aquel que llevaba enterrado cuatrocientos cincuenta y tres años. Ni siquiera aquellos a los que les faltaban varios huesos. Ni siquiera los que aún conservaban jirones de su mortaja. Todos se movían torpemente, con lentitud. Algunos se tambaleaban hacia los costados. Otros se arrastraban con gran esfuerzo. Tal vez por eso tardaban tres horas, tres horas y media, en promedio, para agruparse en la reja de la entrada, que era el punto de reunión. Pero llegaban.



Y una vez allí, sucedía. ¿Se iban como una horda feroz para perseguir a los seres humanos y comérselos con ajo y perejil? ¿Aterraban a los viajeros desprevenidos que pasaban por allí? ¿Intentaban destruir el mundo aniquilando a la humanidad? No. ¡Qué va! Una vez que los zombies lograban avanzar hasta la reja, ocurría lo que nadie jamás podía imaginar: comenzaban ruidos aterradores e indescifrables, se encendían luces destellantes que se distinguían desde lejos y atronaba la música a todo volumen... Sí, sí, música. Música tecno o electrónica para ser precisos. De esa que no requiere mucha destreza para moverse y que suena siempre igual.



¿Que para qué ponían música tecno o electrónica los zombies? Para bailar, claro. ¿Para qué otra cosa iba a ser? Y bailaban. Con poca gracia, es verdad, aunque con ganas. Se balanceaban a un lado y a otro, sacudían la cabeza (o la calavera), agitaban la osamenta... No eran grandes bailarines. Pero se divertían muchísimo... Sin molestar a nadie además. Y sin tomar ni una gota de alcohol.

Y lo más importante, volvían puntualmente a su sitio cuando se acababa la fiesta, antes del amanecer. Muertos, pero de cansancio, después de tanto bailar.



Los ruidos

No era un monstruo enorme y peludo ni un ogro gruñón ni un ser extraordinario. No. Era un hombre. Viejísimo, eso sí. Más viejo que la naftalina. Y malo. Peor que un yogur vencido. Se decía que deambulaba por las calles cada noche, que se acercaba sigiloso, en puntas de pie, casa por casa. Y que lo llamaban con distintos nombres: el hombre de la bolsa, el viejo del costal, el anciano del zurrón... Porque llevaba un saco al hombro.

Un saco grande como los que se usan para almacenar papas o granos de café. Y de tela. Aunque no andaba con un gran saco de tela porque era un defensor de la ecología y se oponía al uso de plástico (que no es reciclable ni biodegradable). No. Se decía que el despiadado y decrepito hombre de la bolsa andaba con ese saco, con ese zurrón, con ese costal, porque si encontraba a un chico que se portaba mal, que no se iba a dormir temprano, que hacía renegar a su familia o desobedecía... ¡ZÁCATE!, lo metía de cabeza dentro de su bolsa y se lo llevaba. ¿Adónde? Nadie podía asegurarlo.



-No es cierto -dudaban algunos chicos, pero se portaban bien por las dudas.
-Es un invento -dudaban otros, pero se iban a la cama sin protestar por las dudas.
-Quieren asustarnos -dudaban todos, pero hacían caso y no desobedecían por las dudas.

Es que era imposible no preocuparse, no temblar de miedo, no asustarse, porque en las noches más oscuras y más tenebrosas, siempre se oían ruidos inquietantes. No parecían aullidos de lobo ni gemidos de alma en pena ni rugidos de bestia feroz. Tampoco eran los silbidos escalofriantes que provoca el viento, cuando se mete por los huecos de los techos o de las paredes, o los crujidos inexplicables de la madera de puertas, ventanas, pisos... No. Era un CRUNCH CRUNCH CRUNCH que resonaba rítmico y continuo, como un reloj, y quebraba el silencio. Tenía que ser él: el hombre de la bolsa.

¡Y era ÉL nomás! El mismísimo hombre de la bolsa. Viejísimo. Con la espalda encorvada de cargar tanto peso, la cara llena de arrugas y una boca torcida con solo cuatro dientes amarillentos.

Y efectivamente salía en las noches oscuras y tenebrosas con un saco, con un zurrón, con un costal al hombro. Y producía esos ruidos inquietantes que no parecían aullidos de lobo ni gemidos de alma en pena ni rugidos de bestia feroz ni los silbidos escalofriantes que provoca el viento, cuando se mete por los huecos de los techos o de las paredes, ni los crujidos inexplicables de la madera de puertas, ventanas, pisos... sino un CRUNCH CRUNCH CRUNCH que resonaba rítmico y continuo, como un reloj, y quebraba el silencio.



Pero no llevaba en su gran bolsa a un chico que se portaba mal, que no se iba a dormir temprano, que hacía renegar a su familia o desobedecía... Llevaba las cosas que compraba una vez por mes en el supermercado. ¿Y el CRUNCH CRUNCH CRUNCH? Era el ruido que hacía mientras masticaba el paquete de Crunchquesitos sabor a parmesano que acababa de abrir.

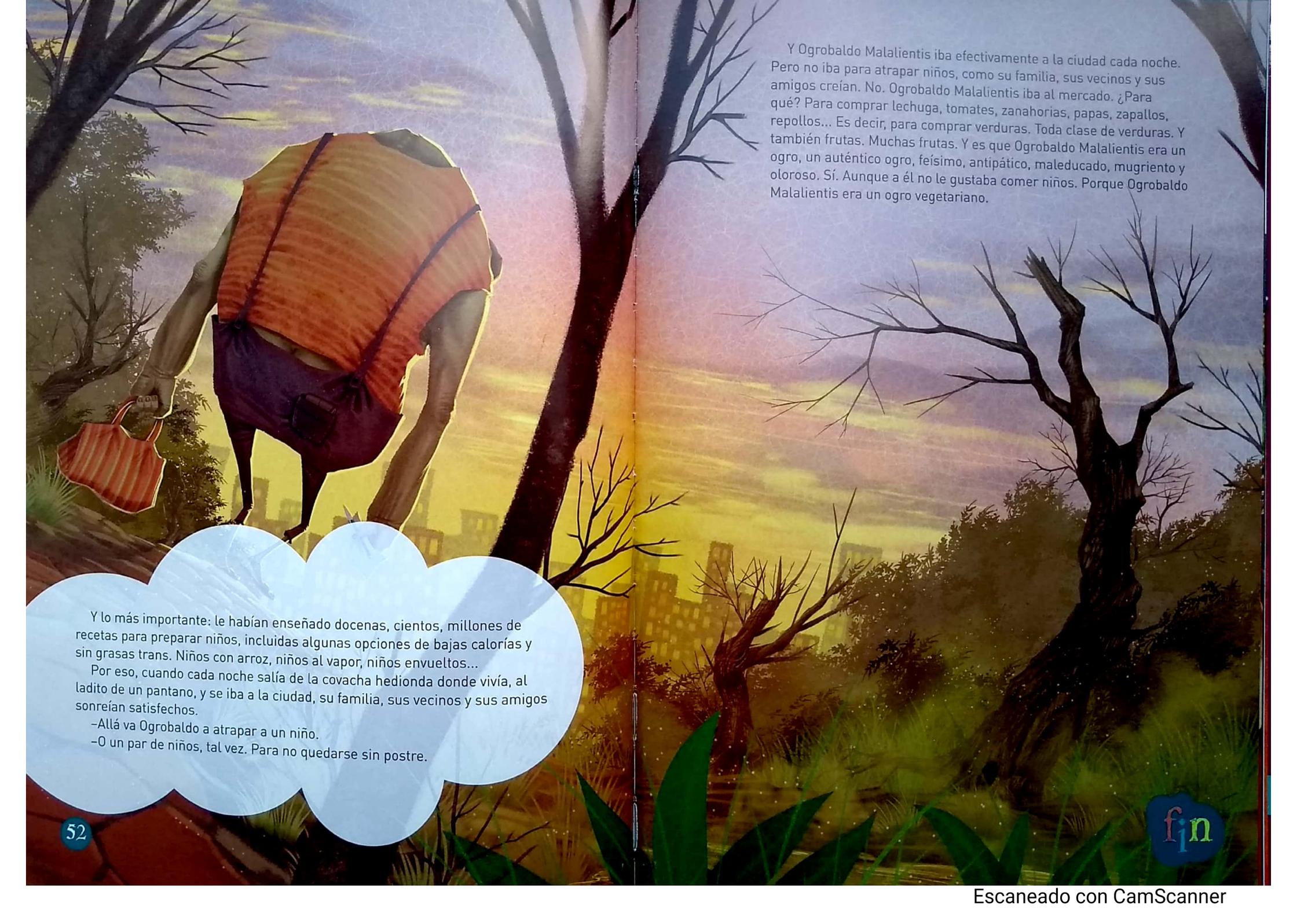
Ogrobaldo

Incluso tenía la opción de condimentar a los niños con sal y pimienta o con un poquito de ajo y perejil, si quería darles algo más de sabor. O si prefería la cocina gourmet, prepararlos al horno o al wok con reducción de miel y vino tinto, y servirlos con salsa de cebollas caramelizadas sobre fino colchón de hojas verdes y frutos rojos desgranados.

Ogrobaldo Malalientis (así era su nombre completo) tenía que continuar la tradición familiar que había comenzado hacía miles y miles de siglos: debía devorar a los niños. Niños o niñas, por supuesto. Daba lo mismo. De cualquier edad (a los pequeños podía tragárselos de un solo bocado, como un aperitivo, antes del plato principal).

¡Pero debía comer niños! Todos los días. A cualquier hora. Sin excepción. Porque Ogrobaldo Malalientis era un ogro. Un auténtico ogro. Feísimo, antipático y maleducado. Que solo se bañaba una vez por año y nunca se lavaba ni las orejas ni las garras ni los dientes ni... nada. Así que además era mugriento y oloroso.

Por su aspecto desagradable y por su permanente e insoportable malhumor, había obtenido un EXCELENTE. TE FELICITO. ¡SIGUE ASÍ! ¡ADELANTE!, en la libreta de calificaciones de la escuela de ogros en la que se había graduado con honores. Una escuela prestigiosísima donde habían estudiado todos sus ancestros y los ogros del barrio y de comarcas muy muy lejanas. Allí había aprendido cosas imprescindibles para ser un verdadero ogro como gruñir ferozmente, poner cara de malo, gritar como loco, asustar...



Y Ogrobaldo Malalientis iba efectivamente a la ciudad cada noche. Pero no iba para atrapar niños, como su familia, sus vecinos y sus amigos creían. No. Ogrobaldo Malalientis iba al mercado. ¿Para qué? Para comprar lechuga, tomates, zanahorias, papas, zapallos, repollos... Es decir, para comprar verduras. Toda clase de verduras. Y también frutas. Muchas frutas. Y es que Ogrobaldo Malalientis era un ogro, un auténtico ogro, feísimo, antipático, maleducado, mugriento y oloroso. Sí. Aunque a él no le gustaba comer niños. Porque Ogrobaldo Malalientis era un ogro vegetariano.

Y lo más importante: le habían enseñado docenas, cientos, millones de recetas para preparar niños, incluidas algunas opciones de bajas calorías y sin grasas trans. Niños con arroz, niños al vapor, niños envueltos...

Por eso, cuando cada noche salía de la covacha hedionda donde vivía, al ladito de un pantano, y se iba a la ciudad, su familia, sus vecinos y sus amigos sonreían satisfechos.

-Allá va Ogrobaldo a atrapar a un niño.

-O un par de niños, tal vez. Para no quedarse sin postre.

La reunión

Había brujas famosas, como la mismísima Odocracia, tan fea, tan malhumorada. Y más olorosa que nunca. También se veían cientos de vampiros revoloteando por ahí, entre ellos, una familia que vivía en las catacumbas de un castillo cercano con tres hijos adolescentes que no dejaban de mandar mensajitos con su teléfono celular, de sacarse selfis y de subirlas a las redes sociales a pesar de los retos de sus padres. Por supuesto habían asistido monstruos de todo el mundo.

La reunión se llevó a cabo un viernes en el claro del bosque, bajo la pálida luz de la luna llena. Estaban todos los que habían sido convocados por distintos medios de comunicación: paloma mensajera, señales de humo, carta, teléfono, mail, whatsapp... No faltaba ni uno de los seres espeluznantes que asustan a los seres humanos grandes y pequeños.

El más conocido, Policromio, que llegó acompañado por los miembros de la banda de rock, provocó alaridos de emoción y suspiros entre su club de fans. Ni hablar de los ogros, que aprovechaban la ocasión para criticar a Ogrobaldo Malalientis por su decisión de ser vegetariano. A los fantasmas se los notaba nerviosos porque se evaporaban, aparecían y desaparecían, no se quedaban quietos, especialmente uno de ellos, que andaba con la sábana arrugada. En un rincón, apartado del resto, el hombre de la bolsa masticaba CRUNCH CRUNCH CRUNCH sus Crunchquesitos, sabor a parmesano, sin convidar a nadie. Los últimos en llegar, dos horas tarde, fueron los zombis.



56

-El cementerio queda lejos -se disculparon-. Son diez metros desde allá. Y nosotros somos lentos. Cuando al fin todos todos todos estaban allí, comenzó la reunión. Algunos hablaban, otros babeaban, varios gruñían, la mayoría gritaba con los puños apretados, todos parecían fastidiados, irascibles, de mal humor, dispuestos a morder, a arañar, a golpear...



57

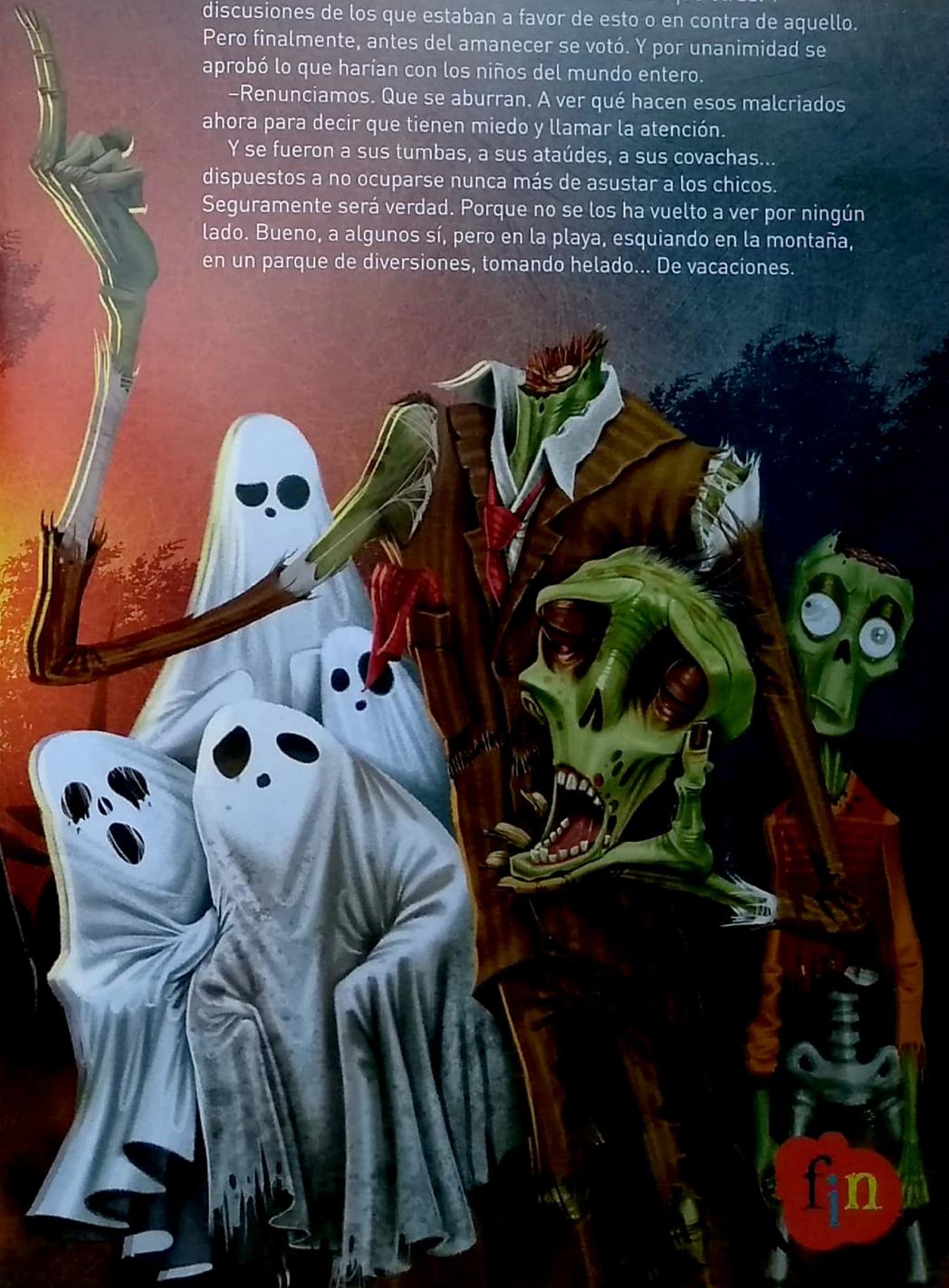
- Estamos hartos.
- Esto es insoportable.
- No aguantamos más.
- Hay que darles una lección para que aprendan.
- Sí, algo que no olviden nunca.
- Así van a empezar a respetarnos.



Hubo distintas propuestas, unas más terribles que otras. Y discusiones de los que estaban a favor de esto o en contra de aquello. Pero finalmente, antes del amanecer se votó. Y por unanimidad se aprobó lo que harían con los niños del mundo entero.

-Renunciamos. Que se aburran. A ver qué hacen esos malcriados ahora para decir que tienen miedo y llamar la atención.

Y se fueron a sus tumbas, a sus ataúdes, a sus covachas... dispuestos a no ocuparse nunca más de asustar a los chicos. Seguramente será verdad. Porque no se los ha vuelto a ver por ningún lado. Bueno, a algunos sí, pero en la playa, esquiando en la montaña, en un parque de diversiones, tomando helado... De vacaciones.





Índice

La poción de la bruja	8
El fantasma arrugado	14
El monstruo Policromio.....	22
Los alaridos	28
La noche de los zombis	34
Los ruidos	40
Ogrobaldo.....	48
La reunión.....	54



colección
ATRAPACUENTOS

- Adela Basch, *Cuentos en la selva*
- Adela Basch, *Teatro cuento*
- Adela Basch, *Un mejor mundo. Cuentos con valores*
- Ana María Shua, *Cuentos de la Patagonia*
- Ana María Shua, *Cuentos de los Andes*
- Ana María Shua, *Leyendas latinoamericanas*
- Cecilia Pisos, *Supernenitos*
- Delia Maunás, *Fábulas de Esopo*
- Franco Vaccarini, *Insectolandia*
- Gustavo Roldán y Laura Roldán, *Cuentos que sopla el viento*
- Liza Porcelli Piussi, *Antes del meteorito*
- Oche Califa, *El bosque encantado*
- Patricia Suárez, *Cosas de animales*
- Patricia Suárez, *Cuentos del pavo real*
- Ricardo Mariño, *El inventor de animales*
- Silvia Schujer, *Cuentos de la pradera*
- Martín Blasco, *Leyendas del mundo*

EDITORIAL GUADAL

WWW.EDITORIALGUADAL.COM.AR



CÓDIGO 1872

ISBN 978-987-751-767-5



9 789877 517675